

Aproximación al Estudio de la Cultura e Identidad en el Caribe

Buenaventura Russeau Pupo¹

INTRODUCCIÓN

Las transformaciones y rupturas que han acontecido en los últimos años, nos enfrentan con desafíos para los cuales es necesario elaborar nuevos conceptos acerca de las re-definiciones en el campo de la cultura, y sus relaciones con el desarrollo y la identidad de los pueblos del Caribe.

El desafío anterior se puede formular como el esfuerzo por incorporar en el análisis de las Ciencias Sociales la dimensión histórica y actual de los procesos culturales del Caribe, desde la perspectiva del contexto contemporáneo. Es necesaria la articulación de los parámetros de tiempo y espacio, así como los que tienen que ver con la dinámica que presenta el fenómeno de la cultura, lo cual es indispensable para abordar las complejidades que obligan a concebir relaciones entre cultura-sociedad, cultura-desarrollo, cultura-identidad-globalización, y asumir el conjunto de aspectos que condicionan hoy la cultura como eje transversal de la sociedad.

La autorreflexión sobre la especificidad de la cultura y la identidad en el Caribe, su función como elemento de transformación y creación de proyectos sociales conjuntos, obligan a considerar que el sujeto social es constructor de su autodesarrollo. El problema del conocimiento de la relación entre cultura y

1. Doctora en Ciencia sobre Arte del Instituto Superior de Arte de Cuba, Cuba. Especializada en Organización de Procesos Culturales y en Dirección y Gestión de Programas y Empresas Culturales. Licenciada en Historia. Investigadora de la Universidad Simón Bolívar. brusseau@unisimonbolivar.edu.co

sociedad no se puede discutir sin previamente resolver el ámbito restringido de las Ciencias Sociales que necesitan ampliar las reflexiones científicas hasta el propio sujeto constructor. Por eso hay que pensar qué ocurre con el pensamiento en el marco de los estudios del Caribe.

APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE CULTURA E IDENTIDAD EN EL CARIBE

La cultura, como objeto de estudio de las Ciencias Sociales, se conceptualiza a partir del sujeto y el objeto:* individuos, grupos, la sociedad misma y su organización, imaginarios, formas, figuras económicas e instituciones políticas que se modifican continuamente. Por ello, se replantea la concepción de cultura en correspondencia con los procesos de cambio que se operan de continuo en lo social, lo político, lo económico, lo científico-tecnológico, las comunicaciones y otros, al interior de la propia cultura. De modo que la sistematización de la cultura se concibe, se plasma y funciona en correspondencia con su *praxis*, siempre diversa y renovada.

En su dinámica de concreción-derivación, la cultura sedimenta un conocimiento que se proyecta y actúa sobre la propia realidad** desde el pasado al futuro. Aunque también esta problemática hay que estudiarla en sentido integral, o sea, de la realidad a la cultura y su plasmación de la realidad hecha cultura, movilizándolo su pensamiento (teorías, discursos, métodos, paradigmas), de modo que resulte actualizado y productivo permanentemente. Al plantearse los estudiosos y las autoridades de la cultura esta perspectiva gnoseológica, sus estrategias, programas y expectativas serán adecuadamente cumplidos.

* Hay que advertir que la dicotomía epistémica de sujeto-objeto que trabajamos aquí no se constriñe a la concepción científica de Galileo –ni kantiana–, en la cual el sujeto condiciona y prefija al objeto, deformando su aprehensión y entendimiento.

** Con el cuidado de concebir epistemológicamente la realidad, no como lo dado, sino como evento, como dinámica procesual, derivativa y cargada de potencialidades, como lo que, en palabras de Mardones (1991) nos advierte Theodor W. Adorno: “lo que es, no es todo” (p.39). Aunque en otros términos, Richard (1998) se acerca sustancialmente a criterios semejantes de “lo real”, cuando propone: “(...) lo Real no es la realidad bruta, sino una reconstrucción posterior del proceso de simbolización que vuelve sobre lo que no pudo incorporar, designando como Real lo que se había escapado de las categorías con las que el lenguaje nombra –y domina– su objeto: “lo real está a la vez presupuesto y propuesto por lo simbólico” (Zizek, 1998, p.79), que lo reconstruye después de haber fallado en interarlo para explicar las deficiencias de su estructura”.

El carácter polisémico, complejo y heterogéneo de las acepciones de cultura no impide intentar aproximaciones históricas, contextuales o teóricas a sus diversos conceptos. Tal vez su riqueza se encuentra en su notorio grado de indeterminabilidad y la imposibilidad de un consenso definitivo sobre sus contenidos y fines últimos; pero es necesario analizar con detenimiento la significación de la cultura, por lo que ella representa en el intercambio entre sujetos, instituciones, sociedades, e incluso –¿por qué no?–, entre épocas disímiles, si cada una de ellas ostenta una noción de cultura *sui géneris*, de modo que el concepto se observe tanto en sus fases de sincronía como de diacronía. La cultura resulta entonces un espacio de diálogo y de unidad si revela tanto lo que identifica como lo que separa a unos sujetos de otros,* e incluso, al sujeto de lo que cree no ser.

Por tanto, la cultura es una construcción histórica, un horizonte simbólico donde un grupo humano organiza, despliega y desarrolla su existencia: en su memoria y en su capacidad de comunicación. La cultura confiere identidad, sentido a la vida personal y social del sujeto humano. Este estudio, por lo mismo, estima pertinente asumir un concepto amplio de cultura, vista como elemento transversal de la sociedad que se acomoda a su objeto, sus presupuestos, sus objetivos e instrumentalidad.

La primera mitad del siglo XX se caracterizó dentro del debate filosófico y antropológico occidental, por cuantiosos esfuerzos para garantizar un concepto de cultura extenso, unitario y supraordinador que, incluyendo las artes y las ciencias, no se limitara a estas. Entre otros pensadores, están M. Scheller, T. S. Elliot, M. Weber, E. Cassirer, S. Freud, B. Malinowski, E. Sapir y C. Levi-Strauss. Por ejemplo, M. Scheller ontologiza la categoría de cultura, disociándola de la gnoseología y de la estética. T. S. Eliot la justifica en tanto sentido de vida; M. Weber planea sobre el determinismo historicista del con-

* Este autor acota: “la identidad y la diferencia son categorías en proceso que se forman y se rearticulan en las intersecciones –móviles y provisionales– abiertas por cada sujeto entre lo dado y lo creado; (...) la identidad y la diferencia no son repertorios fijos de atributos naturales, sino juegos interpretativos que recurren a múltiples escenificaciones y teatralizaciones”.

cepto. E. Cassirer la re-focaliza desde el humanismo y, Malinowski anticipa un visión integradora y antropológica de acervo entre lo material-lo inmaterial, lo tangible-lo intangible.

Es solo a partir de la década de los 70 del siglo XX que se reactiva la discusión sobre el concepto “cultura”, entre otras motivaciones, por la polémica modernidad-postmodernidad en su versión de “centro-periferia”. Del quiebre de la modernidad, Steiner (1971) hace derivar una nueva concepción de la cultura, específicamente en el desmantelamiento de axiomas como “progreso”, en tanto relato histórico lineal y permanentemente en ascenso. Ello conlleva al cuestionamiento y posposición del axioma “centro” como modelo irradiador de progreso y, por último, el descrédito del Humanismo como paradigma de civilización y culturalidad. El vaciamiento de axiomas modernistas de este tipo reubica el debate cultural contemporáneo en cinco problemáticas esenciales, a juicio de Abello, Sánchez y De Zubiría (1998):

- Las relaciones entre naturaleza y cultura.
- El Humanismo y los seculares problemas relativos al antropocentrismo en la dimensión cultural.
- Los fenómenos de multiculturalismo e interculturalidad.
- Los nexos actuales entre cultura y desarrollo.
- La búsqueda de una noción extensa, aunque distintiva de lo cultural (p.43).

Se ha dicho que la cultura es aquello que distingue a la humanidad del resto de los seres vivos: la subjetivación (y espiritualización) de la sociedad, es indicativa de una forma particular de vida, de un período o de un grupo humano, es una red de sentidos que se construye a partir de los significados que produce la interacción con la realidad, bien sea natural o social.

La cultura es un universo simbólico que el hombre ha construido interactuando con la naturaleza y consigo mismo. Un entramado de significados socializados que logra toda su connotación en texto y contexto. Por tanto, pensar la cultura resulta una construcción tanto humana, histórica como cultural en

sí misma (la relación de la cultura con la cultura misma, o sea, de lo fáctico cultural a lo teórico cultural).

En tal sentido, un objeto científico como la cultura supone unas operatorias tan vinculantes como el propio objeto y concepto de cultura a tratar. A partir del planteamiento de Abello, Sánchez y De Zubiría (1998), en las cinco problemáticas propuestas para definir un concepto de cultura hacia fines del siglo XX, este se vuelve un imperativo metodológico y conceptual. La redefinición de un concepto más abarcador de cultura, permite a Restrepo (2002) distinguir cuatro dimensiones interconectadas, pues estudia un concepto más abarcador de cultura, como conjunto de significaciones, sentidos, creencias, pautas o códigos simbólicos de la acción humana, las cuales resumimos de la siguiente manera:

- Significaciones de orden científico-tecnológico. Supone una racionalidad (saber) e instrumentalidad (saber hacer) encarnadas en la ciencia, la técnica y la tecnología, esenciales en la sociedad moderna. Aquí, la noción “cultural” significa en tanto pregunta por la verdad y la objetividad.
- Significaciones de tipo cultural como la lengua y lenguaje (gestual, visual), medios de comunicación, el arte y la literatura tanto en su dimensión de saber como de saber hacer. Dimensiones estas vinculadas, obviamente, a la estética (belleza, gusto, expresión, representación, entre otras).
- Significaciones garantes e integradoras de tipo societal: jurídicas, ideológicas, imaginarios, *ethos* (costumbre, idiosincrasia).
- Significaciones de pertinencia trascendente: meta-saber y meta-creencia. Estas, en síntesis, conciernen a la filosofía, la sabiduría y la religión.

Este análisis de la cultura como significación la concibe como discurso, representación y expresión, es decir, como un entramado de significaciones conscientes o inconscientes que instauran las prácticas y los procesos sociales y que ocurren tanto en las instituciones como en el mundo de la vida. Al pensar así el evento cultural, se respeta aquella tradición de la filosofía hermenéutica que, de Rickert a Cassirer o a Gadamer, concibe la cultura como generación e interpretación de sentido. A su vez, esta visión admite otras teorías como el estructuralismo y el postestructuralismo.

La cultura, como proceso de conversión del hombre y agente del movimiento histórico, presupone la formación del individuo como personalidad integral y su existencia como ser social. Se concreta en cada hombre marcado en su tránsito por diferentes grupos de pertenencia, caracterizados por distintos fines, composición y niveles de organización, establecidos a su vez en contextos sociales y ambientales particulares. Un modelo y un futuro propios no pueden construirse ajenos a la comunidad, escenario donde se producen y re-producen las esencias del ser humano y donde se construyen y expresan las representaciones de sí mismo y de su entorno.

En la sociedad concurren, más allá de toda definición, su unicidad, su estructura gregarista, su entorno geográfico, su devenir o cotidianidad; elementos todos que generan, en su integración, un sentido de pertenencia indispensable para el ser humano.

Estudiar el tema de la cultura y la identidad en el Caribe supone reconocer una realidad que posee un devenir histórico de cinco siglos de referencia y un proceso político donde las naciones y territorios formulan lo nacional a partir de la lucha por la autodeterminación política y la autoafirmación de la cultura nacional, lo cual manifiesta la presencia de una cultura de resistencia, integración y síntesis de naturaleza política que se ha mostrado en la firmeza de sus colectividades frente a la imposición de los modelos de las culturas dominantes.

El Caribe muestra un complejo panorama donde intervienen numerosos factores, como son: la posición geográfica de la región, las variadas influencias recibidas como manifestación de la presencia dominante de diversas potencias europeas, unido a las múltiples tradiciones asimiladas de los africanos y otros sectores, la huella de la modernidad y la postmodernidad en el desarrollo sociocultural de la región, determina lo complejo que resulta establecer definiciones unilaterales y cerradas del entorno cultural del Caribe.

No obstante, la opinión de Gabriel García Márquez es lo suficientemente am-

plia como para postular otras concepciones que no afloran a primera vista. Colombiano, y por supuesto hombre Caribe, apunta a un fenómeno cultural del mundo caribeño: el de la existencia de hábitos, costumbres, modos de vivir y sentir las vidas de forma muy similares. Se trata de la existencia de una cultura y de una historia común o con fuertes nexos y amplias proximidades en el marco de una región pluriétnica, multirracial y diversa, desde el punto de vista lingüístico, religioso y simbólico. De hecho, García Márquez sugiere un gran tema: el de la identidad o unidad de lo diverso, identidad cultural dentro de la diversidad y heterogeneidad de esa región que hoy en día se denomina Caribe. (Santana Castillo, 2007).

El rasgo del Caribe que tiene mayor visibilidad es la fragmentación. La convergencia de los países europeos llegados al Nuevo Mundo a través de los intersticios insulares de su archipiélago fueron portadores de patrones de dominación que dieron como resultado la creación de sociedades de formas diversas y esencia idéntica, en las que, entre otros, la lengua devino a causa de la supresión del establecimiento de posibles canales de comunicación entre los conjuntos de pueblos articulados en torno a un patrón cultural específico. Fragmentación lingüística que persiste como barrera hasta nuestros días (Chailloux Laffita, 2013).

Pero esa fue tan solo una de las tantas complejidades que singularizan al Caribe. Si bien los patrones culturales metropolitanos se erigieron como dominantes, excluyentes por la violencia de la espiritualidad de los sometidos, las estrategias para borrar la cultura del otro resultaron inútiles. No obstante, para todos los que llegaron desde los cuatro confines del globo terráqueo, ya fuera arribado a las islas –la puerta de entrada al Nuevo Mundo– por voluntad propia, por la brutal esclavitud o por engaño, adquirieron una nueva noción de individualidad en relación con una colectividad de origen y el ingreso a otra en proceso de creación.

Los individuos provenientes de las naciones emergentes de Europa se reconocieron en el Nuevo Mundo como europeos, así como españoles, británicos,

franceses, holandeses y dinamarqueses. Los africanos traídos como esclavos procedentes de las más diversas etnias sembraron en esta margen del Atlántico la semilla del panafricanismo. Bajo la denominación genérica de asiáticos u orientales se descubrieron sujetos originarios de los más remotos confines de la región que se extiende desde India, pasando por Asia continental hasta el archipiélago Pacífico.

Y esa enorme multiplicidad de culturas, en oleadas sucesivas a lo largo de cuatro siglos, junto a los remanentes de los pueblos originarios, sentó las raíces del poblamiento de las islas. Cada una de ellas trajo consigo, aportó y se nutrió de la cultura que como patrimonio simbólico de los patrones de pensamiento y conocimiento que se manifiestan, materialmente, en los objetos y bienes, y en particular mediante la conducta social e ideológicamente, mediante la comunicación simbólica y la formulación de la experiencia social en sistemas de conocimientos, creencias y valores, crearon en la sociedad del Caribe una de las más notables cumbres de la experiencia humana.

Así se conjugaron factores económicos y culturales, para dar como resultado la conformación de una sociedad de formas diversas y raíz idéntica asentada en islas separadas por un espacio marítimo compartido. Y es precisamente esa singular conjugación de diversidad e identidad lo que permite reconocer una región del mundo como el Caribe. Pero también es esa singular mixtura la que ha impedido el consenso en la precisión de sus bordes.

El Caribe que conocemos hoy día es producto de una multitud de fusiones étnicas, lingüísticas y culturales que se ha desarrollado desde el arribo de los descubridores europeos; no la podemos definir ni analizar como si fuese una sola pieza.

Creemos que no se puede hablar de un Caribe porque nos parece que la región debe agruparse bajo la referencia de múltiples Caribes. Así son estas tierras y este mar que están llenos de fusiones y elementos que conforman una historia y una literatura. Desde las distintas pigmentaciones de la piel, los múltiples

idiomas, los ciclos migratorios, las variantes ideológicas, políticas y religiosas entre islas, hasta las costumbres sociales y formas recreacionales. Todas estas piezas están en constante evolución (Lewis, 1979).

Este estudio asume una profunda reflexión sobre los fundamentos de la cultura antropológica y sociológica, el concepto de cultura y contexto cultural en la perspectiva de reformular sus marcos conceptuales, teóricos y metodológicos en la región del Caribe, siguiendo no solo la etimología o epistemología en que son usados, sino la naturaleza de los procesos de mixtura donde se juntan y yuxtaponen las más complejas influencias culturales y sociales, convirtiéndose en escenario de disímiles y mutuas transculturaciones.

Desde este análisis, se ofrece una mirada transnacional, transcultural, transpolítica desde un paradigma sistémico que permita entender la complejidad de los Caribes desde el concepto siguiente:

El Caribe es una entidad, pero una entidad histórica cuyos espacios se definen históricamente no a partir de un criterio lingüístico o étnico, sino desde una visión más profunda que revela lo caribeño en un tiempo dado, lo que permite localizar y caracterizar los problemas comunes que fueron, en su evolución, dibujando nuestra identidad, una personalidad regional caribeña que se ha conformado en el tiempo histórico, en el marco de una dialéctica de estabilidad y variabilidad (González-García & Almazán-Del Olmo, 2012).

En el Caribe, al igual que en América Latina, puede decirse que cultura y sociedad, cultura y desarrollo constituyen y albergan una dinámica que anuda conexiones estratégicas, porque esa dinámica plantea de entrada la copresencia en un país de comunidades cuya sensibilidad y visiones del mundo corresponden a temporalidades tanto premodernas como modernas y, aún postmodernas, lo que implica una multiplicidad de modos de inserción de la población (y de los individuos) en los ritmos y las modalidades del desarrollo.

Para concebir la cultura como elemento potenciador del desarrollo por consi-

derarla como un eje transversal que atraviesa toda la sociedad, es indispensable aproximarse a una definición de cultura donde aflore en toda su diversidad el papel que a ella le corresponde en la sociedad. La visión asumida transita por las concepciones que ve a la cultura vinculada a los problemas económicos, sociales, políticos, ideológicos, morales, ecológicos e históricos, que interactúan permanentemente en el seno de cualquier formación económico-social.

El desarrollo cultural, entendido como la capacidad para satisfacer las necesidades reales de la población debe crear un ambiente propicio para que las comunidades se desarrollen vinculadas a la ciencia, los conocimientos, la tecnología, la salud, el medioambiente y a las relaciones sociales. El centro de gravedad de la noción de desarrollo se mueve de lo económico a lo social, o bien el desarrollo es total o no es tal desarrollo.

El desarrollo cultural prospera cuando está arraigado en la cultura y la tradición de los pueblos, porque es un proceso global vinculado a los propios valores de la sociedad y exige participación de todos los individuos.

La cultura es una actividad que genera amplias transformaciones en el entorno donde interviene; su capacidad de síntesis en el proceso de desarrollo de una región le otorga la singular posibilidad de conectarse con la política integral de desarrollo del entorno correspondiente.

En América Latina y el Caribe la globalización económica es percibida sobre dos escenarios: el de la apertura nacional exigida por el modelo neoliberal hegemónico, y el de la integración regional con el que nuestros países buscan insertarse competitivamente en el nuevo mercado mundial. Ambos colocan la “sociedad de mercado” como requisito de entrada a la “sociedad de la información”. El escenario de la apertura económica se caracteriza por la desintegración social y política de lo nacional. Pues la racionalidad de la modernización neoliberal sustituye los proyectos de emancipación social por las lógicas de una competitividad cuyas reglas no las pone ya el Estado sino el mercado, convertido en principio organizador de la sociedad.

¿Cómo construir democracia en países donde la polarización social se profundiza, colocando al cuarenta por ciento de la población por debajo de los niveles de pobreza?, ¿pueden revertir las instituciones políticas los procesos de concentración del ingreso, la reducción del gasto social, el deterioro de la esfera pública?, ¿qué viabilidad pueden tener proyectos nacionales cuando los entes financieros transnacionales sustituyen a los Estados en la planificación del desarrollo?, ¿cómo reconstruir ahí sociedades en las que reencuentren sentidos los intereses colectivos y formas de la ciudadanía que no se agoten en el consumo? El crecimiento de la desigualdad atomiza la sociedad deteriorando los mecanismos de cohesión política y cultural, y desgastando las representaciones simbólicas (Martín-Barbero, 2007).

Si lo que constituye la fuerza del desarrollo es la capacidad de las sociedades de actuar sobre sí mismas y de modificar el curso de los acontecimientos y los procesos, hoy resulta imposible enfrentar los retos de la globalización sin potenciar los diversos substratos culturales de cada país, pues la forma globalizada que hoy asume la modernización choca y exacerba las identidades, generando tendencias fundamentalistas y sectoriales frente a las cuales es necesario actuar introduciendo como ingrediente clave de desarrollo la formación de una conciencia de identidad cultural no estática ni dogmática, sino que asuma su continua transformación y su historicidad como parte de la construcción de una modernidad sustantiva, no reducida a procesos de racionalidad instrumental, eficacia productiva y unificación por la sola vía del consumo (Martín-Barbero, 2001, p.23).

Solo una visión profundamente crítica de lo que la modernización desarrollista tuvo en nuestros países de oposición excluyente entre tradición y progreso, podría hacerse cargo de la tarea decisiva que pasa por educar en una nueva concepción de cultura, de la que haga parte el conocimiento científico y la mediación tecnológica, y en una concepción de modernidad que valore su impulso de universalidad como contrapeso a los particularismos culturales.

Las diferentes estrategias de desarrollo han interrelacionado tres objetivos:

- El crecimiento material, basado en la modernización y la imitación de los países de Occidente.
- El desarrollo es un proceso continuo con etapas, lo que permite hablar de primer, segundo y tercer mundo.
- Se trata de un desarrollo centrado en lo material.

Cuando la cultura y los modelos de desarrollo han ignorado lo cultural, los procesos han fracasado o no han tenido el éxito que se esperaba. El indiscutible fracaso de los modelos de desarrollo que han vivido las naciones del Caribe obliga a nuevas alternativas, reinterpretaciones y nuevas visiones.

Las políticas neoliberales en su globalización agravan las tensiones entre un Estado convertido en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC, y una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones de habitantes obligados a emigrar hacia Estados Unidos y Europa. Al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado está redefiniendo la misión del Estado en Latinoamérica y el Caribe mediante una reforma administrativa con la que se le descentraliza, aunque no en el sentido de una profundización de la democracia, sino en el debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional (Martín-Barbero, 2005, p.37).

Las relaciones del Estado con la cultura se hallan también mediadas por la reducción de las competencias del Estado –exigencia de la política neoliberal–, lo que conlleva a la minimización de los recursos económicos y financieros del sector cultural, considerándolo un sector no priorizado e irrentable. Para concebir la cultura como elemento potenciador del desarrollo –si en verdad resulta un eje que atraviesa toda la sociedad–, es incuestionable tener en cuenta su protagonismo en la sociedad. Hay que identificarla, pues, en sus vínculos con lo económico, lo social, lo ético y lo ideológico. Oportuna y previsoramente, Castro (1999) precisó:

La economía capitalista no garantizará el desarrollo de la humanidad pues no tiene en cuenta las pérdidas, en términos culturales y humanos, de su propia expansión, no solo no garantiza el desarrollo perspectivo de la humanidad, sino que como sistema, pone en riesgo la propia existencia de la humanidad.

La vía que parece más eficiente en la búsqueda de nuevas estrategias es, sin duda, la de la cultura en tanto desarrollo cultural. Este sería, por lo mismo, un proceso dirigido a potenciar las capacidades creadoras, la circulación y la utilización de los valores culturales, a desarrollar la participación social, de forma activa y creadora y a dinamizar el desarrollo de las restantes esferas de la vida económica, integrando las diferentes fuerzas sociales* en el Caribe.

La garantía para desarrollar una acción cultural sólida, estructurada y con base constitutiva son las llamadas “políticas culturales”. Ellas especializan y canalizan decisiones, caracterizadas por unos actos y una conducta de cierta permanencia y reiteración por parte de quienes la promulgan y la aplican. Se puede identificar política con programas de acción cultural.

Por supuesto, más que una decisión formal, las políticas engloban una serie de decisiones. Definen un marco amplio en el que se integra un conjunto de aspectos normativos que crean una estructura o entramado, o un marco de referencia en el cual se inscribirán acciones, programas, planes y proyectos. Una política siempre moviliza recursos para generar productos o resultados, con una finalidad objetiva que se orienta a satisfacer intereses específicos y contiene unos valores determinados. Cada sector del Estado, de acuerdo con el ámbito en el que interviene en la sociedad, formula unas políticas para el desarrollo de ese sector, por eso es posible oír hablar de políticas económicas, sociales, de salud, de educación.

* Nótese cómo Pérez de Cuéllar (1996) expresa con claridad que “El desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es crecimiento desprovisto del alma. El florecimiento del desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo, aunque no sea esta la opinión común” (p.12).

Las políticas no pueden escapar a los requerimientos de la gestión para el desarrollo de la cultura, ellas se orientan por el logro de proyectos de sociedad capaces de producir sentidos colectivos, de compartir memorias y afirmar valores, de llevar la innovación hasta los mundos de la vida, reinventando los modos de estar juntos, de solidaridad y de vida en común. García Canclini (1987) reafirma la necesidad de políticas culturales que gestionan ámbitos más allá de la cultura artística, la cultura tradicional y el patrimonio. Y considera:

Las políticas culturales son el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o de transformación social (p.26).

Y añade:

Pero esta manera de caracterizar el ámbito de las políticas culturales necesita ser ampliada teniendo en cuenta el carácter transnacional de los procesos simbólicos y materiales en la actualidad. No puede haber políticas solo nacionales en un tiempo donde las mayores inversiones en cultura y los flujos comunicacionales más influyentes, o sea, las industrias culturales, atraviesan fronteras, nos agrupan y conectan en forma globalizada, o al menos por regiones geoculturales o lingüísticas. Esta transnacionalización crece también, año tras año, con las migraciones internacionales que plantean desafíos inéditos a la gestión de la interculturalidad más allá de las fronteras de cada país (García Canclini, 2005, p.38).

Caetano (2003) también aporta a la discusión, al señalar:

Hoy las políticas culturales no pueden olvidar que hay supranacionalidad informal así como espacios públicos transnacionales, desde donde también se definen acciones culturales decisivas, frente a las que los Estados, desde lógi-

cas puramente reactivas, poco pueden hacer. Asimismo, se pueden asumir procesos de integración regional que den un nuevo impulso a nuevos horizontes culturales que contribuyan a superar el déficit democrático de esos procesos, luego, se impone pensar y actuar internacionalmente, desde enfoques de “regionalismo abierto” que también sirven a la hora de revisar los intercambios culturales.

El Caribe necesita la definición de políticas culturales regionales que, tomando en consideración las naciones, los territorios, grandes y pequeños, las comunidades, en fin, la gran multiculturalidad que posee, continúen con la acumulación de procesos construidos, y se conviertan en un estandarte de la autoafirmación nacional y cultural. La cultura es acumulativa por definición, nunca es un hecho concluso, sino que se perfila y construye desde tradiciones, lo cual exige políticas culturales activas, con impulsos renovadores, con una fuerte reivindicación del espacio de la política misma, políticas activas, sí, pero con selección rigurosa.

Mas, ¿quién define los criterios de selección en una construcción democrática? ¿Quién define qué es lo que se debe o no financiar? ¿Cómo definir la colección patrimonial tan imprescindible siempre? Y aquí se vuelve a los teóricos clásicos de la democracia: la democracia nunca puede ser concebida como una cultura, la democracia siempre es un pacto de culturas. No se puede construir democráticamente políticas culturales en el Caribe si no es sobre la base de la memoria, la historia, los significados, los proyectos económicos y la proyección de futuro de las sociedades de esas naciones. De modo que una base absolutamente apremiante para una política cultural democrática será eso, diseminar pactos entre culturas, ambientar un pluralismo efectivo y no simplemente la “tolerancia” resignada de lo diverso que no nos cambia.

Una política cultural adecuadamente estructurada, solo se logra a partir de la institucionalización del sector cultural. Mena & Herrera (1994) plantean tres objetivos fundamentales de la política cultural, útiles a considerar en cualquier Nación:

- Encontrar un equilibrio más justo entre la acción del Estado y la iniciativa autónoma de los ciudadanos. Este objetivo favorecerá el desarrollo de la democratización y la democracia cultural, por tanto se proporcionará a los hombres el acceso y la participación en la vida cultural.
- Encontrar un equilibrio más justo entre la tradición y el progreso, lo que exige no centrarse en posiciones extremas o de respeto dogmático y rígido al pasado o de imposición brutal de nuevos modelos, incluso originados en otras realidades.
- Encontrar un equilibrio más justo entre la fidelidad a sí mismo y la apertura a otro, lo que define la necesidad de la interacción con otras realidades y por tanto, de lo nacional con lo regional, y con lo mejor de lo universal.

En diferentes conferencias intergubernamentales sobre aspectos institucionales, administrativos y financieros de las políticas culturales, se han abordado, entre otros, los siguientes aspectos:

- La cultura, además de un bien que tiene valor *per se*, es el mejor instrumento para inducir el cambio social y elevar la calidad de la vida.
- La política cultural debe ser apreciada en el amplio contexto de la política general gubernamental social; es un factor esencial del desarrollo económico de cada Nación; debe estar orientada a responder a las aspiraciones y a los intereses mejor comprendidos de los grupos sociales; deberá prever el derecho de todos los ciudadanos a participar en la vida cultural de la Nación.

Las políticas culturales deberán tomar en consideración:

- Las necesidades reales en materia de cultura y sus prioridades.
- El resguardo de la identidad histórica y cultural.
- La protección y el estímulo al trabajo cultural.
- La garantía de acceso, participación y disfrute de la colectividad en los procesos, manifestaciones y servicios culturales.
- La libre y equilibrada circulación de los bienes culturales.
- La coherencia en las metas y estrategias del sector cultural con la de otros sectores que integran el proceso global de desarrollo planificado.

- Las metas de integración cultural nacional y regional.
- La población y los flujos migratorios.
- La promoción de la toma de conciencia de los problemas culturales.

LA IDENTIDAD CULTURAL

Hablar de identidad cultural es, ante todo, asumir y entender la cultura como un proceso de reconocimiento de la diversidad humana. Esta tiene que ser comprendida en correspondencia con otras representaciones que hoy toman fuerza. Por ello, el respeto a las identidades particulares es un requisito de la sociedad plural.

La identidad cultural de un pueblo se conforma a través de su historia y del conjunto de obras que la explican, como sus mitos, sus costumbres, su producción artística, sus monumentos, la lengua y las tradiciones orales; en resumen, su patrimonio cultural. Además de estas manifestaciones tangibles, la identidad cultural es el sentimiento que experimentan los miembros de una colectividad representando la memoria, la conciencia colectiva de un grupo, respecto al cual, cada persona se orienta de manera más o menos consciente y extrae espontáneamente determinados comportamientos y actitudes que todos consideran significativos.

La identidad cultural es el lugar en que se vive la cultura como objetividad y subjetividad, en donde la colectividad se piensa como sujeto, es una mediación histórica inacabada entre permanencia y cambio, tradición y renovación, una vivencia y re-interpretación incesante de los problemas fundamentales de los pueblos del Caribe. No cesa de hacerse y deshacerse, es multiforme y complementaria por su carácter individual, colectivo, nacional y cosmopolita.

La identidad cultural, como la define la UNESCO (1983):

(...) parece constituir hoy uno de los principales motores de la historia (...) lejos de coincidir con un repliegue sobre un acervo inmóvil y cerrado en sí

mismo, es un factor de síntesis viva y original perpetuamente recomenzada. La identidad representa, de este modo y cada vez más, la condición misma del progreso de los individuos, los grupos, las naciones. Pues es ella quien anima y sostiene la voluntad colectiva, engendra la movilización de los recursos interiores para la acción, transforma el cambio necesario en una adaptación creadora (p.51).

El tema de la identidad cultural en general, y en particular en el Caribe, puede ser abordado desde múltiples perspectivas: desde la política como forma y defensa del propio ser nacional; desde la ciencia de la comunicación para relacionarlo con el impacto de los medios masivos de la cultura de esas naciones; desde la producción artística en la medida en que creadores y artistas quieren expresar, en su producción, lo que son como pueblo, desde la crítica social para demostrar los mecanismos de dominación ideológico-cultural que deforman nuestro modo de ser.

En estos momentos donde el mundo tiende a ser cada vez más interdependiente, se necesita afianzar las propias peculiaridades, pero al mismo tiempo abrirse a recibir los valores culturales de otros pueblos; se necesita preservar la memoria histórica que constituye uno de los elementos esenciales de la identidad, concebida como parte de un proceso abierto y dinámico que permita la apropiación e incorporación de nuevos valores.

Entender esta transformación en la cultura nos está exigiendo asumir que identidad significa e implica hoy dos dimensiones diametralmente distintas, y hasta ahora radicalmente opuestas. Pues hasta hace muy poco decir identidad era hablar de raíces, de raigambre, territorio, y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. De eso y solamente de eso está hecha la identidad.

Pero decir identidad hoy implica también –si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresi-

vas del presente— hablar de migraciones y movilidades, desanclaje e instantaneidad, de redes y flujos. Antropólogos ingleses han expresado esa nueva identidad a través de la espléndida imagen de *moving roots*, raíces móviles, o mejor, de raíces en movimiento. Para mucho del imaginario substancialista y dualista que todavía permea la antropología, la sociología y hasta la historia como disciplinas, esa metáfora resultará inaceptable, y sin embargo en ella se vislumbra alguna de las realidades más fecundamente desconcertantes del mundo que habitamos. Pues como afirma el antropólogo catalán, Eduard Delgado, “sin raíces no se puede vivir pero muchas raíces impiden caminar” (Martín-Barbero, 2009).

La interpretación dinámica del concepto Identidad Cultural la podemos plantear a través de pares conceptuales, que indican su interacción y complementación con una perspectiva dialéctica en el manejo del concepto.

Pasado	↔	Presente
Tradición, Memoria Colectiva	↔	Proyección al futuro
Permanencia	↔	Cambio
Lo propio	↔	Lo ajeno
Lo que nos caracteriza	↔	Préstamo, Interacción, Apropiado
Único	↔	Diverso
Igualdad	↔	Diferencia
Homogéneo	↔	Plural, Heterogéneo

La identidad cultural de la comunidad del Caribe expresa su diversidad y dinámica. Cada grupo social porta y genera valores particulares de cultura material y espiritual que caracterizan, en sus rasgos más generales, a los individuos que la integran. La autoconciencia de ellos como grupo cultural, constituye su identidad.

En la medida que una persona se reconoce como activo, que puede modificar su entorno, que tiene una historia común con otros hombres, que su modo de vida tiene tanto de sus antecesores como de sí mismo, y que los símbolos que

él ama significan igual para otros, se siente parte de un esfuerzo colectivo que se expresa en el sentido de identidad.

La identidad del Caribe hoy se asocia con trayectorias y relatos, relatos que cuentan y narran historias para ser tomados en consideración por los otros, sin expresar lo que somos no podremos ser conocidos porque sin narración no hay identidad, esta, manifiesta lo que somos, por eso la pluralidad de las culturas solo será reconocida si podemos contar y narrar la diversidad de las identidades, tanto en los idiomas particulares como en los lenguajes multimedial y audiovisual, de lo oral al uso de las nuevas tecnologías.

La globalización pone en juego no solo una mayor circulación de productos, sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países, mediante una des-centralización que concentra el poder económico y una des-territorialización que hibrida las culturas. De este modo, se convive al interior de la sociedad con códigos y relatos muy diversos.

El sentido de identidad es el sentido de pertenecer a un grupo, a un momento histórico, a un espacio territorial dado; aquello que genera formas propias que caracterizan y distinguen a un grupo de otro. Características distintivas que comparten los integrantes de ese grupo y que hace que se reconozcan entre sí. Es igual dentro del conjunto que integra esa identidad y diferencia con otros conjuntos; por eso hay que entenderla como consciencia de mismidad y de otredad (diferencia). En la medida en que los pueblos del Caribe marcan su sentido de identidad, expresan su diferencia de los demás.

Esto significa algo aparentemente contradictorio, pero, a la vez, dialéctico, y es así como se construye la diferenciación, en el mismo proceso de construcción de la identificación. La identidad presupone sentimientos de pertenencia, satisfacción y orgullo con esa pertenencia, compromisos y participación en las prácticas sociales y culturales propias.

En este sentido, la identidad del Caribe constituye un espacio que adquiere

sentido porque las personas se vinculan a él gracias a procesos simbólicos y afectivos que permiten la construcción de lazos y sentimientos de pertenencia. Las identidades locales adquieren coherencia, valor y fuerza no por sí solas, sino porque son espacios significativos para las personas que construyen los desarraigos y los nuevos arraigos. La gestión cultural, como proceso que crea condiciones para que la cultura se desarrolle, tiene que reconocer la identidad como un factor indispensable en todo el movimiento del desarrollo sociocultural de la comunidad del Caribe.

Lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la demanda de reconocimiento y de sentido. Y ni el uno ni el otro son posibles de formular en meros términos económicos o políticos. Aquí se está refiriendo la pertenencia a un mismo núcleo de cultura donde todos pertenecen y comparten con los otros; y es por este motivo que la Identidad es una fuerza que introduce contradicciones en las hegemonías del mercado y de las comunicaciones (Martín Barbero, 2010, p.22).

El espacio de la cultura, como constante histórica donde se desenvuelve la condición humana, presenta un conjunto de elementos como la particularidad, la diversidad, la discontinuidad, heterogeneidad y la multiplicidad, que deben, entre otros, ser utilizados para atemperar los procesos de gestión cultural en correspondencia con múltiples formas culturales que se reconocen, se interrelacionan, se reafirman, se entrecruzan, se transforman, y tienen códigos de identificación.

Los problemas asociados a las características actuales de los pueblos del Caribe, exigen una mirada diferente y deben ser objeto de una valoración que modifique los conceptos tradicionales.

Se ha de tomar en consideración el dinamismo con que se mueven los procesos de identidad cultural para direccionarlos hacia la participación y la integración de las naciones y territorios, en la búsqueda apremiante para concretar, desde

la cultura, un diálogo en la diversidad, así como en el autorreconocimiento y la autovaloración para trabajar por el desarrollo cultural.

La cultura ha de incorporar, con fuerza, los elementos intangibles de la identidad, esos que se dan en el individuo y en los grupos nacionales, tales como la conciencia, la memoria, el sentimiento, la vivencia y el arraigo para movilizar, para promover expectativas de calidad de vida, para preservar una idea clara acerca de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Si la identidad cultural es, ante todo, el conjunto de sentimientos que experimentan los miembros de una colectividad que se reconoce en su cultura, entonces, todo proceso de desarrollo sociocultural ha de valorar, en primera instancia, el sentido de pertenencia, cohesión y arraigo de esa comunidad ya que “el arraigo nos abre la posibilidad del sentido y la necesidad de los proyectos; proporciona fuerza inspiradora a las acciones humanas, en la construcción de un mundo común” (Amal & Pacha, 2005, p.15).

Compartimos con Medina (2008) el criterio de que una de las peores limitaciones de la cultura globalizada está en reconocer el mundo como “identidad” única, barriendo así las historias regionales tras una simulada tolerancia por los localismos; o cuando desmantela procesos seculares de memoria colectiva, y aun cuando simula alternativas para encubrir su verdadero hegemonismo.*

Dada la asignación de pluralidad-globalidad cultural que caracteriza la sociedad contemporánea, entre otros rasgos distintivos, es necesario evaluar la convivencia de culturas a nivel del territorio nacional, regional (naciones y territorios del Caribe). No hay que perder de vista el fenómeno de la identidad

* Al problema actual de la *interculturalidad* y el *multiculturalismo* (entre otros muchos problemas) numerosos estudiosos le han dedicado reflexiones y propuestas de indudable interés, entre los cuales hay que mencionar a Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Nelly Richard, Walter Dignolo, Beatriz Sarlo, Román de la Campa, Pedro Morandé, Nicolás Casullo, Slavoj Žižek, George Yudice, Leopoldo Zea, Santiago Castro-Gómez, etc. Considerando la actualidad de la problemática y la ejemplaridad de los textos de estos autores sobre el asunto, obviamos entrar en una descripción que, por puntual en este momento, resulte abrumadora, si no redundante.

para, de hecho, asumir la valoración más apropiada y objetiva respecto a la diversidad humana. El desarrollo del concepto moderno de identidad hizo posible el surgimiento de las políticas de la diferencia. Las identidades culturales en las sociedades tradicional y moderna se presentan en formas diferentes. Kogan & Tubino (2004) las describen de la siguiente manera:

En las sociedades de corte tradicional, la comunidad local, las cosmologías religiosas y la tradición, generan un ambiente de confianza que permite la construcción de la seguridad ontológica de la persona como parte integrante de un grupo social. El tiempo se percibe como circular por lo que se distingue la continuidad de la tradición, mientras el espacio geográfico es vivido en su dimensión de localidad o terruño.

En las sociedades modernas, sin embargo, se produce un desencantamiento del mundo. Predomina la razón instrumental, la secularización y la burocratización. Los garantes de la seguridad ontológica de las sociedades tradicionales son reemplazados por las relaciones personales de amistad y de intimidad sexual, por los sistemas de conocimiento abstracto que manejan los expertos y la orientación al futuro. El tiempo pierde el carácter circular, ya que se entenderá como un tiempo lineal y el espacio se vacía de localidad en la medida que se representa por medio de coordenadas matemáticas.

En la primera, la capacidad humana de la cultura está más ligada al conjunto de sentidos, símbolos y significados que se han gestado en los imaginarios sociales, formando parte de una memoria compartida y de una conciencia histórica vivida como sentimiento de comunidad. En la segunda se vislumbra un proceso de desarrollo simbólico relacionado con los cambios de la realidad económica, política y sociocultural.

La identidad cultural tiene que ser comprendida en correspondencia con otras que hoy toman fuerza y se refieren a género, sexo, etnia o raza. Entre ellas existe un vínculo conceptual y práctico absolutamente necesario, a tal punto que no podemos concebir una sin las otras. Por ello, el respeto a las identida-

des particulares es requisito para la sociedad plural que, necesariamente, pasa por el respeto a las diferencias sobre el principio de construcciones culturales. El desarrollo del concepto ilustrado de “tolerancia” hizo posible el surgimiento del concepto moderno de reconocimiento.

La tolerancia significa solo respeto a lo diferente. Se puede tolerar y al mismo tiempo despreciar. El reconocimiento supone respeto y aprecio de lo diferente. A diferencia de la tolerancia, el reconocimiento presupone la comprensión del otro, es decir, el colocarse en el lugar del otro, el ver el mundo desde el punto de vista del otro. Luego, la comprensión hay que entenderla como un esfuerzo no solamente cognitivo, sino básicamente afectivo fundado en la empatía. Pero el ser humano necesita del reconocimiento social para lograr autoapreciarse, y de esta manera, desarrollar sus capacidades. La identidad personal también se moldea con estos materiales.

La identidad cultural en general, y en el Caribe, es un código y un repertorio de lenguajes, de opciones, de asociaciones, que nos permiten situarnos frente a nosotros mismos y frente a los demás. En el ámbito de la vida pública es donde se hacen imprescindibles las políticas de reconocimiento de las identidades o políticas de la diferencia como una necesidad vital impostergable de todos los grupos culturales. Estas políticas se basan en el principio de la discriminación positiva (Rawls, 1997)* o discriminación a la inversa. Se trata de generar relaciones de equidad y simetría, legislando a favor de los sujetos que ocupan un espacio social desconsiderado o marginal. Es aquí cuando hay que estar alertas, pues la globalización, lejos de desdibujar esas fronteras culturales, esgrime mecanismos institucionales hegemónicos para mantenerlas.

La globalización, con su desarrollo científico-tecnológico y comunicacional, logra interconectar el mundo de acuerdo a los intereses hegemónicos de los centros de poder, provocando niveles notables e insoportables de inclusión/

* Este autor supone, a propósito, que la discriminación positiva es consecuencia de ciertos principios –básicos para él– de una concepción política (¿políticamente correcta?) de justicia distributiva.

exclusión a nivel mundial. De manera que ha vuelto la cultura un espacio de acción estratégica, con una retórica que simula comprender las tensiones generadas, pero que las componen-descomponen-recomponen en el rejuego de “estar juntos” para franquear la crisis permanente desde donde emergen. De ahí que sea a partir de la diversidad cultural de las historias y los territorios, de las experiencias y las memorias, desde donde no solo se resiste sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla.

Luego, lo que convierte hoy a las identidades en un incentivo y espacio de lucha, se hace inseparable de la demanda de su propio reconocimiento y sentidos, con lo que también, las identidades se reconocen estratégicamente (por ejemplo, desde el multiculturalismo) como una fuerza que introduce contradicciones en la hegemonía del mercado y de las comunicaciones, en el fin de esta arista de la globalización. Es de interés la consideración de identidad cultural que hace M’Bow (1982), refiriéndose a su potencialidad de resistencia a la globalización:

Lejos de coincidir con un repliegue sobre un acervo inmóvil y cerrado en sí mismo, esa identidad es un factor de síntesis viva y original perpetuamente recomenzada (...) suscita la movilización de los recursos interiores para la acción y transforma el cambio necesario en una adaptación creadora (p.5).

Finalmente, también importa el criterio que sigue Martín-Barbero en “Identidad y diversidad en la era de la globalización” (2005):

La multiculturalidad nombra el estallido con que las comunidades culturales responden a la amenaza que lo global proyecta sobre la diversidad y las contradictorias dinámicas que moviliza, esto es la resistencia como implosión y a la vez como impulso de construcción. (...) La globalización exaspera y alucina a las identidades básicas, a las identidades que echan sus raíces en los tiempos largos. (...) También en los países democráticos se produce actualmente una fuerte exasperación de las identidades, como la que se manifiesta en el trato de enemigo que los ciudadanos de los países ricos dan a los inmigrantes llegados del sur (...)

Como si al caerse las fronteras, que durante siglos demarcaron los diversos mundos, las distintas ideologías políticas, los diferentes universos culturales –por acción conjunta de la lógica tecno-económica y la presión migratoria– hubieran quedado al descubierto las contradicciones del discurso universalista, de que tan orgulloso se ha sentido Occidente. Y entonces cada cual, cada país o comunidad de países, cada grupo social y hasta cada individuo, necesitarán conjurar la amenaza que significa la cercanía del otro, de los otros, en todas sus formas y figuras, rehaciendo la exclusión no solo en la forma de fronteras sino de distancias que vuelvan a poner “a cada cual en su sitio” (p.35).

En la profunda ambigüedad del revival identitario no habla solo la revancha, ahí se abren camino otras voces alzadas contra viejas exclusiones, y si el inicio de muchos movimientos identitarios es de reacción y aislamiento también lo es su funcionamiento como espacios de memoria y solidaridad, y como lugares de refugio en los que los individuos buscan una tradición moral desde la que se proyectan alternativas comunitarias y libertarias, capaces incluso de revertir el sentido mayoritariamente excluyente que las redes tecnológicas tienen para las mayorías, transformándolas en potencial de enriquecimiento social y personal (pp.29-30).

CONCLUSIONES

Ante el prisma de una época denominada por muchos como postmoderna y reconociendo los peligros y amenazas que ello implica para la humanidad, se ha de reflexionar sobre la importancia que adquieren los enfoques y perspectivas que visualizan los procesos de cultura, identidad y desarrollo cultural, en días donde se profundizan las infranqueables brechas entre países del llamado primer mundo y otros que no encontrarían clasificación.

En este estudio se manifiesta que el Caribe requiere un análisis cultural multidimensional, una concepción de desarrollo que asuma sus particularidades históricas concretas, nacida del sistema de plantaciones hasta los procesos de desarrollo tecnológico, que reconfiguren las diferentes temporalidades en las que se insertan las naciones y territorios del Caribe. Solo así es posible

entender por qué es importante preguntarse ¿qué es el Caribe? Y por qué es necesario redefinir sus procesos socioculturales desde nuevas visiones y variantes, que conlleven a reformulaciones que expliquen en ámbitos específicos de la actividad humana, la necesaria transformación histórica multidimensional impuesta por las realidades del sistema social, cultural e institucional de la sociedad contemporánea. No parece existir otra región en el mundo para la que establecer su alcance geográfico, histórico, sociológico, económico, etc. resulte una tarea tan elusiva. Observar los territorios que comprende cada una de las innumerables entidades regionales en cuyo nombre aparece el apelativo Caribe es suficiente para comprobar esta afirmación. Registrar la cantidad de estudios al respecto sería una tarea extraordinaria.

La cultura en el Caribe es la vida misma, un complejo de ideas y productos materiales de un grupo social que da sentido a su existencia; es todo: ideas, sueños, pesadillas, cómo vemos el mundo, cómo nos ubicamos, lo que pensamos de nosotros mismos, las ideas que tenemos de nosotros mismos, la identidad, determinada culturalmente, las contradicciones, valores y normas.

La cultura es un proceso dinámico que heredamos y al que no podemos atribuir valores y normas fijas, ni una ley universal con variables estáticas, consiste en significados que las personas producen activamente, partiendo de sus experiencias y relaciones sociales, por eso es también un espacio de luchas y contradicciones donde se manifiestan las expectativas e intereses de las distintas naciones, pueblos y territorios que integran el Caribe.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abello, I., Sánchez, S. & De Zubiría, S. (1998). *Cultura: Teorías y gestión*. San Juan de Pasto: Ediciones Uninariño.
- Amal, A. & Pacha, E. (2005). *Claves culturales*. Zaragoza: Amediar, Asociación de Mediadores y Mediadoras Interculturales.
- Caetano, G. (junio-septiembre de 2003). Políticas culturales y desarrollo social. Algunas notas para revisar conceptos. *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*, (4).

- Castro, F. (11 de junio de 1999). Discurso del Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba, Fidel Castro Ruz, en la clausura del I Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo, en el Palacio de las Convenciones. Recuperado el 18 de mayo de 2015, de Cuba.cu: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1999/esp/fl10699e.html>
- Chailloux Laffita, G. (2013). *El Caribe, espacio cultural*. Cruse & Rhiney (Eds.).
- García Canclini, N. (2005). Definiciones en transición. En D. Mato, *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas* (pp.33-39). Buenos Aires, Argentina: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Recuperado el 18 de mayo de 2015, de Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO: http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/sites/default/files/cultura_politica_y_sociedad._perspectivas_latinoamericanas.pdf
- García Canclini, N. y otros (1987). *Políticas culturales en América Latina*. México: Grijalbo.
- González-García, T. & Almazán-Del Olmo, S. (2012). El espacio Caribe. Dimensión sociocultural. *Revista Avances*, 1-10.
- Kogan, L. & Tubino, F. (mayo de 2004). *Identidades culturales y políticas de reconocimiento*. Recuperado el 18 de mayo de 2015, de Interculturalidad.org: http://interculturalidad.org/numero01/b/arti/b_dfo_020404.htm
- Lewis, G. (1979). *Caribbean Society and Culture. Contemporary Caribbean Issues*. Río Piedras, Puerto Rico: Institute of Caribbean Studies of the University of Puerto Rico.
- M'Bow, A. M. (julio de 1982). La dimensión humana. *El Correo de la UNESCO*, (7), 4-8. Obtenido de: http://www.unesco.org/ulis/cgi-bin/ulis.pl?catno=74720&set=525AEB21_0_5&gp=1&lin=1&ll=1
- Mardones, J. M. (1991). *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales: materiales para una fundamentación científica*. Barcelona, España: Anthropos.

- Martín-Barbero, J. (1994). *Comunicación fin de siglo. ¿Para dónde va nuestra investigación?* Versión. Obtenido de <http://red.pucp.edu.pe>: http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/Mart%C3%ADn_Barbero_Comunicacion_fin_siglo.pdf
- Martín-Barbero, J. (2001). Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación. En M. Vasallo de López, & R. Fuentes, *Comunicación, campo y objeto de estudio: perspectivas reflexivas latinoamericanas* (pp.15-42). Tlaquepaque, Jalisco, México: ITESO, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Martín-Barbero, J. (2001). Transformaciones culturales de la política. En M. C. Herrera, & C. Jilmar Díaz, *Educación y cultura política* (pp.15-28). Bogotá, Colombia: Plaza & Janés Editores Colombia S.A.
- Martín-Barbero, J. (2002). *La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana. Globalisme et Pluralisme*. Montreal: Coloquio Internacional.
- Martín-Barbero, J. (2002). Las transformaciones del mapa: identidades, industrias y culturas. En M. Garretón, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado* (pp.296-321). Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Martín-Barbero, J. (enero de 2004). Medios y culturas en el espacio latinoamericano. *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*, (5).
- Martín-Barbero, J. (2005). Identidad y diversidad en la era de la globalización. En C. N. Artes, *Diversidad cultural. El valor de la diferencia* (pp.29-44). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Martín-Barbero, J. (abril de 2005). Políticas de multiculturalidad. *Observatorio*. Industrias culturales de la Ciudad de Buenos Aires, 36-41.
- Martín-Barbero, J. (2007). *Comunicación para fin de siglo. ¿Para dónde va nuestra investigación?* Obtenido de Universidad Nacional Abierta y a Distancia: http://datateca.unad.edu.co/contenidos/401103/EPICOM_/leccin_41.html
- Martín-Barbero, J. (2009). Culturas y comunicación globalizada. *I/C - Revista Científica de Información y Comunicación*, 175-192.

- Martín Barbero, J. (2010). Comunicación, espacio público y ciudadanía. *Fo-
lios*. Revista de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de
Antioquia, 37-51.
- Martín-Barbero, J. (2010). La reinención patrimonial de América Latina.
Sphera Pública. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación,
291-309.
- Martín Barbero, J. (julio-diciembre de 2010). Comunicación y cultura mun-
do: nuevas dinámicas mundiales de lo cultural. *Signo y Pensamiento*,
29(57).
- Medina, O. (2008). Identidad cultural en tiempos de globalización. Notas para
un estudio desde la vigencia del pensamiento de Leopoldo Zea. IV Con-
ferencia Internacional “La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo
XXI”. La Habana: Instituto de Filosofía de La Habana.
- Mena, Ú. & Herrera, A. R. (1994). *Políticas culturales en Colombia: Discu-
sos estatales y prácticas institucionales*. Bogotá: Editorial Nomos.
- OEI. Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia
y la Cultura (1997-98). *Iberoamérica: Unidad Cultural en la Diver-
sidad*. Obtenido de Formación en Administración y Gestión Cultural:
<http://www.campus-oei.org/cult001.htm>
- Pérez de Cuéllar, J. (1996). *Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comi-
sión Mundial de Cultura y Desarrollo*. París: UNESCO.
- Rawls, J. (1997). *Teoría de la Justicia*. México D.F.: Fondo de Cultura Eco-
nómica.
- Restrepo, G. (2002). *Misión de la universidad en la formación de un creador o
gestor cultural dramático: ideas para la discusión*. Bogotá, Colombia:
Ministerio de Cultura.
- Richard, N. (1998). *Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo:
discurso académico y crítica cultural* (J. L. Gómez-Martínez, Produc-
tor), Recuperado el 18 de mayo de 2015, de Teorías en debate: [http://
www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/richard.htm](http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/richard.htm)
- Santana Castillo, J. (2007). Repensando el Caribe: valoraciones sobre el gran
Caribe hispano. *Clío América*, 303-334.

- Steiner, G. (1971). *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- UNESCO (1982). Conferencia Mundial sobre las políticas culturales. *Declaración de México sobre las políticas culturales* (p.6). México D.F.
- UNESCO (1983). *Segundo Plan a Plazo Medio (1984-1989)*. París, Francia: Beugnet.
- UNESCO (1995). *Nuestra diversidad creativa*. UNESCO.
- Zizek, S. (1998). Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional. En S. Zizek & F. Jameson, *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo* (pp.137-188). Buenos Aires, Argentina: Paidós.